

LA VIDA EN LOS OJOS (II)¹. LOS OJOS EN EL LENGUAJE POPULAR: DICHOS Y REFRANES

ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS
ACADÉMICO NUMERARIO

Existen multitud de dichos, refranes y cantares populares en los que se menciona la palabra ojo o su plural, referidos a mil y un conceptos diferentes, a variopintas situaciones, a expresiones curiosas, llenas de envidia y de intención. Intentaremos, como en ocasiones anteriores hicimos con los términos mano y pie, una exposición de ellas, lo más detallada posible, recurriendo a una estructuración temática, lo más acorde que se pueda, con la intencionalidad que, intrínsecamente, el término ojo posee.

Cuando decimos *a los ojos de..*, nos estamos refiriendo a un sentido de cercanía. Eso nos quiere indicar Isafas cuando escribe: “yo seré glorificado a los ojos del Señor y mi Dios se ha hecho mi fortaleza”², o el Cantar del Mío Cid cuando señala la casi postrer despedida del Campeador de las tierras de Castilla: “Una niña de nueve años/ a ojo se paraba”³, o Dante en su descripción del arcángel Gabriel: “El ángel que de paz bajó el decreto/ que, por siglos, el hombre suspiraba,/ y abrió los cielos a tras largo veto,/ aquí a los ojos nuestros se mostraba con tal verdad esculto en forma suave,/ que no callada imagen semejaba”⁴.

Lo mismo podemos intuir del término *ante los ojos*, en los siguientes versos de Garcilaso: “..busquemos otros montes y otros ríos,/ otros valles floridos y sombríos,/ donde descanse y siempre pueda verte,/ ante los ojos míos,/ sin miedo y sobresalto de perderte”⁵ y el mismo sentido nos da la expresión *en mis ojos*, como colegimos de la frase laudatoria al Señor del primer Libro de los Reyes: *Tú eres justo y bueno en mis ojos*. Por otra parte, la frase *estar presente a los ojos*, más que cercanía nos quiere indicar el hecho de estar siendo contemplado.

Por el contrario, *desaparecer de los ojos*, nos da idea de distancia. Dice Ibn Hazán en su “Collar de la paloma”: “La Fortuna, amablemente, la empujó/ hasta dejarla cerca de mi vista./ Pero luego la alejó de mí, y fue como si/ no hubiera surgido, ni aparecido antes mis ojos”⁶ sentido que, páginas adelante, ratifica de esta forma: “Mis

¹ *Diccionario de la Lengua Española*, Real Academia Española, 22ª edición, 2001

Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana, Espasa Calpe S.A., Madrid, 1964, t.39, pp. 903-907.

Refranes de la lengua castellana.

² *Is XLIX*, 5.

³ *Poema del Mío Cid*, Ed. J.Jesús Bustos, Clásicos Alce, Madrid, 1978, p. 3.

⁴ Dante Alighieri: *Op. cit.*, “Purgatorio”, Canto X, p. 321.

⁵ Garcilaso de la Vega: “Égloga I: Salicio y Nemoroso”, *Los 25.000 mejores versos de la lengua castellana*, p.77.

⁶ Ibn Hazán: *El collar de la paloma*, El libro de bolsillo, Alianza Editorial, 6ª ed., Madrid, 1.989, p. 201.

ojos se han refrescado con tu cercanía,/ tanto como ardieron en los días que te celó la distancia"⁷.

Existen muchas frases y acepciones referidas a los ojos, que implican estado de alerta. Quizá la más antigua y común sea, *tener los ojos abiertos*, como podemos comprobar, ya, en Gonzalo de Berceo: "*Luego a la manñana/ socávalas en cierto,/ tenié en requerirlas/ el ojo bien abierto*"⁸. Y el mismo sentido tienen expresiones tales como *estar con cien ojos*, *con el ojo largo*, u *ojo avizor*, o *tener ojos de azor o de garza*, o *despabilar los ojos*, o *avivar los ojos*, como convenía en hacer el Lazarillo con su amo ciego: "*Verdad, dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues soy solo y pensar cómo me pueda valer*"⁹. *Echar un ojo* también es sinónimo de atención y alerta, que podríamos identificar con el sentido que encierra el refrán *el ojo del amo engorda al caballo* o con el término *con tanto ojo*, cuya idea de vigilancia extrema, así refiere Vélez de Guevara en "El Diablo cojuelo": "*Y don Cleofás, con tanto por ver si pasaba doña Tomasa, que todavía la tenía en el corazón..*". Una idea de alerta simultánea nos la da la frase *tener un ojo a una cosa y otro, a otra*, similar al dicho popular *un ojo a la sartén y otro a la gata*, que indica la conveniencia de no descuidar las distintas cosas que hemos de hacer. Finalicemos ya este apartado con tres terminantes sentencias en el mismo sentido: *ojo al marear, que relinga la vela*, el más conocido *mucho ojo, que la vista engaña*, o el castizo *ojo al Cristo, que es de plata*.

Los ojos hablan y, aunque su nutrido discurso de sensaciones y sentimientos hemos de abordarlo más tarde, expongamos ahora los dichos y refranes que apoyan este aserto: *hablar con los ojos*, por medio de guiños o miradas, es hacer patentes ideas calladas, actos reprimidos o deseos que se nos antojan inalcanzables; sacar emociones del alma o exponer complejos encerrados en el subconsciente; ofrecer variados estados de ánimo, soñar despiertos... Por algo *los ojos son el espejo del alma*... Pero dejemos todo esto para más adelante... Dice un refrán castellano que *no hay mejor espejo que los ojos ajenos*, indicándonos la real existencia del lenguaje de miradas incluso lejanas y un proverbio gaélico, matiza: *el mejor espejo es un ojo amigo*, tal vez porque la amistad implica *mirarse a los ojos*, sinónimo del íntimo y singular diálogo, que, en ocasiones, puede llegar al climax, como enfatiza Gustavo Adolfo Bécquer: "*..Mientras haya unos ojos que reflejen/ los ojos que los miran/..habrá poesía*"¹⁰ El lenguaje popular llama a esta conversación muda, *hablar a cuatro ojos*, expresión que recoge Gaetano Longo en estos versos: "*..Hablemos cara a cara/ a cuatro ojos/ a tú por tú..*"¹¹

Cuando a alguien *le entra alguna cosa por el ojo*, demuestra agrado: "*Sigue las inclinaciones de tu corazón y lo que te agrada a tus ojos*"¹², afirma el Eclesiástés. El mismo significado tiene la expresión *merecer a los ojos*, que encontramos de forma exhaustiva en la Biblia, como, por ejemplo, en el segundo Libro de los Reyes cuando nos insta a *merecer a los ojos del Señor*¹³. La antítesis, el desagrado, puede quedar definido con la tremenda frase de *quebrar los ojos*.

⁷ *Ibidem*, p. 219.

⁸ Gonzalo de Berceo: "Vida de Santo Domingo de Silos", *Romancero*, Biblioteca de plata de los clásicos españoles, Círculo de Lectores, 9, p. 110.

⁹ *Lazarillo de Tormes*: Colección Austral, Espasa Calpe, 1986, 34ª ed., Tratado 1º, p. 44.

¹⁰ Bécquer, Gustavo Adolfo: *Rimas*, Colección Austral, Espasa Calpe, 9ª ed., Madrid, 1994, Rima IV, p. 39.

¹¹ Longo, G: "Autorretrato con música y sin marco", de *Estudio de las Metamorfosis*, p. 11.

¹² *Ecl XI*, 9

¹³ *Re(II) XXIII*, 5

Muestra deseo, *echarle el ojo a una cosa*; deseo vehemente, *llevarle los ojos o írsele los ojos por alguien*; verdadera ansia, *abrir tanto ojo o saltársele a uno los ojos*. El deseo no logrado queda reflejado en el siguiente pensamiento: *Los ojos se abalanzan... las manos no alcanzan*.

Es verdad, como dice el lenguaje popular, que *de los ojos nacen los antojos*. Supongamos que un joven enamorado se encuentra, (*se da de ojos*) con la muchacha a la que ama; la saluda diciéndole: *Dichosos los ojos que te ven* y, casi balbuceando, le ofrece el tímido piropro, que nunca pudo oír la hija del sepulturero de Gabriel y Galán: *"No hay memorias de amores manchados,/ porque nunca, a pesar de ser bellos,/ "buenos ojos tienes",/ le ha dicho un mancebo"*¹⁴. Ella, coqueta, *duerme los ojos*, cerrándolos y entreabriéndolos, como si se sintiese halagada y atraída por su enamorado; incluso, esboza una *caída de ojos*, incitativa y sugerente. El joven piensa para su coileto: *Me da en los ojos que me quiere; no hay más que abrir los ojos y mirar*; soy afortunado por saberme querido por una mujer que *hace ojos* de bella, allá donde esté. Y recuerda, que, desde que la conoció, para él siempre *fue su ojo derecho* y, enseguida, comenzó a amarla *como a los ojos de su cara*, más incluso, *que a las niñas de sus ojos* y hete aquí que ahora está enamorado perdidamente, *hasta los ojos*. Y animado por su convincente soliloquio, resume su declaración de amor en una somera exclamación de afecto y ternura: *Mis ojos*, tal vez recordando la misma expresión que Lope de Vega dedicara a su hijo muerto: *"Un hijo tuve en quien mi alma estaba;/ allá también sabréis por mi elegía/ que Carlos de mis ojos se llamaba.."*¹⁵. Pero ¡oh dolor!, la muchacha, por toda respuesta, le muestra su desdén dándole la espalda ostentosamente. El muchacho, al verse *arrojado de sus ojos*, resentido, trae a su memoria el refrán que dice, *ojos hay que de legañas se enamoran*, sabiendo que, en adelante, mirará a la esquivada *con otros ojos*; murmura entre dientes un *ojos que te vieron ir*, maldiciendo la ocasión perdida y decide no verla nunca más, confiando en la verdad de otro proverbio: *ojos que no ven, corazón que no siente*, aunque teme a la pregunta que se hace Leopoldo de Luis: *"Ojos que ya no ven, ojos cerrados,/ corazón que no siente, pero ¿muerto?"*¹⁶. En este párrafo, como podemos comprobar, el término ojos nos ha hablado de encuentro, saludo, piropro, coquetería, evidencia, exaltación, aprecio, amor, exceso, desaire, presentimiento, cambio de concepto, ocasión perdida y lejanía.

Nuestro joven enamorado, evidentemente, *tenía vendados los ojos*, ya que, como dice el escritor francés Paul Bourguet, *"las mujeres tienen una gran destreza para ponernos una venda en los ojos y, además, nos riñen si tropezamos"*. Esto le había servido para *abrir los ojos* y conocer su desvío; él creyó que a la dama *le salía el amor por los ojos*, *se le conocía en los ojos*, *saltaba a los ojos*, al menos un atisbo de interés y atracción, pero, en definitiva, ella *le abrió los ojos*, le hizo saber lo que ignoraba. (Nótese la diferencia de expresión de *"abrir uno los ojos"* y de *"abrirle a uno los ojos"*). Y, ahora, de forma patente, *a ojos vista*, creía *no tener dónde volver los ojos*, encontrándose en absoluto desamparo y ello le hacía *estar de ojos*, intranquilo, con evidente desasosiego; *hacían candelillas sus ojos*, por mor de la turbación y deambulaba errático, *con los ojos en el colodrillo*, denotando su despiste, hasta que, de pronto, *en un abrir y cerrar de ojos*, encontró cierto consuelo en los versos de Maria Sanz: *"Toda la*

¹⁴ Gabriel y Galán, J.M.: "Qué tendrá", en *Obras completas*, Ed. Sopena Argentina, Buenos Aires, 1944, p. 33.

¹⁵ Lope de Vega: "Belardo a Amarilis" en *La poesía española. Antología comentada*, t.II, p. 50.

¹⁶ Leopoldo de Luis: "La oscura compañera" de *El portarretratos*. Cuadernos de Sandua 51, Córdoba, 2000 p. 22.

*vida es vuelo, todo pasa,/ en un abrir de ojos. Si se cierran,/ la oscuridad detiene los misterios/ que atraviesan el aire*¹⁷. Y, aunque, todavía, reconoce su ignorancia, *-no sabe dónde tiene los ojos-*, busca la necesaria lucidez para, mentalmente, dirigiéndose a ella, recriminarle su desdén, según indica el Libro del Eclesiástico, *"No apartes desdeñosamente tus ojos del mendigo"*¹⁸, aunque sea mendigo de amor y recordar a Góngora en su postrer perdón, *regalándole a los ojos: "Ya le regala los ojos,/ ya le entra sin ver por dónde,/ una piedad mal nacida/ entre dulces escorpiones"*¹⁹, y meditar en el mensaje que nos deja San Mateo: *"Mas tú ¿con qué cara te pones a mirar la mota en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga que está dentro del tuyo?"*²⁰. En definitiva, por pura convicción y no *por sus bellos ojos*, pretende la serenidad e intuye la esperanza recitando los versos de Alfonso Cabello: *"Noche de luna,/ ojos serenos,/ una guitarra,/ menta y romero.."*²¹; y así, *se le alegrarán los ojos*, tornando en regocijo su anterior tristeza, la que le hiciera cantar, entre lágrimas, con Morales Rojas: *"Si me pintas me pones/ pintor, ojeras,/ que tras de tus pinceles/ lloran mis penas. ¿Cómo es posible/ que tus manos me pinten/ sin que te fijes?"*²².

Los ojos son también reflejos del bien y del mal; limitémonos ahora a la consideración de los pecados capitales. Más adelante, cuando entremos en la descripción de los sentimientos que los ojos pueden transmitir, habremos de ocuparnos cumplidamente de la soberbia.

La avaricia la encontramos fustigada, repetidamente en la Biblia, denostando siempre al avaro; dice el "Eclesiástico": *"Está mirando con sus ojos muchos bienes y no hace sino gemir como el eunuco que abraza a una doncella y da un suspiro"*²³.

La lujuria queda definida con la expresiva frase *devorar a una persona con los ojos*, indicando el incentivo vehemente de una pasión que hace mirarla con avidez y lascivia y anhelarla vivamente, o sea, *mirarla con ojos concupiscentes*, como refiere San Juan en su primera Epístola.

El ojo muestra el enojo, dice la sabiduría popular, enojo, que se puede manifestar como *nublarse, ofuscarse u oscurecerse los ojos* – *"por causa de la indignación se han oscurecido mis ojos"*²⁴, clama el rey David en sus Salmos–, hasta el verdadero ataque de ira, cuya figura popular sería *encarnizarse o inflamarse los ojos*, cosa más habitual en el hombre colérico, del que se dice que *tiene sangre en el ojo*. Un estado intermedio de esta pasión negativa del alma, sería la súbita cólera que acompaña a la reprensión inquisitiva dirigida a aquél que le atropella a uno: *¿No tiene ojos?*. Claro que, enseguida, el atropellado, tras escuchar las excusas pertinentes, *desencapotará los ojos*, deponiendo el ceño y el enojo.

La gula es muchas veces referida en el lenguaje popular y en el refranero: *comer más con los ojos que con la boca, no llenes el ojo antes que la tripa* o *más pronto se llega al ojo que a la barriga*, son otros tanto proverbios con el mismo sentido. Distinto significado tiene, sin embargo, la frase *comer con los ojos*, refiriéndose, no a la apetencia de manjares, sino cuando están servidos en forma estéticamente irreprochable.

¹⁷ Sanz, M.: "Luz Lejana" de *Un sitio en la palabra*. Cuadernos de Sandua 87, Córdoba, 2.003, p. 12

¹⁸ *Eclo IV, 5*

¹⁹ Góngora, Luis de: "Angélica y Medoro" en *Los 25.000 versos...*p. 148.

²⁰ *Mt VII, 3, 5.*

²¹ Cabello Jiménez, A.: *Eclos de caracola*, Doralice, Granada, 1.996, p.33.

²² Morales Rojas, J.: *Antología poética*, Publicaciones O. social y cultural Cajasur, Córdoba, 1.997, Copla 43, p. 397.

²³ *Eclo XXX, 21*

²⁴ *Sal VI, 8*

En cuanto a la pereza, sólo en lo relativo al sueño encontramos frases en las que aparece el término ojo. No es, de ninguna manera, pereza, *tener los ojos llenos de arena*, o sea, tener sueño (también se aplica esta frase a las molestias que causa en los ojos una conjuntivitis); ni dormir *a cierra ojos* –a duermévela– o alerta, *con los ojos abiertos*, ni siquiera *con los ojos abiertos como las liebres*, como hacen aquellas personas que, durmiendo, no pueden cerrarlos completamente, por cortedad de párpados, si bien esta frase se emplea con el mismo sentido que la anterior, como revela esta canción de cuna: “*A la nanita nana/ mi niño duerme/ con los ojos abiertos/ como las liebres*”. Sí que podremos considerar pereza, *pegarle uno al ojo*, con lo que se pretende indicar, más que la profundidad del sueño, la extrema duración del mismo, verdadera antítesis del *no pegar ojo* del insomne, que bien quisiera experimentar el aserto que dice, *cuando duerme el ojo, descansa el meollo*.

No podemos pasar página en este apartado referido a los pecados capitales, sin referirnos al sentimiento de odio, que puede expresarse de distinta forma, según sus grados y el talante de quién lo siente. *Tener entre ojos* o *traer entre ojos*, equivalente a *tener ojeriza*, es, desde luego, una forma más civilizada de expresar aversión o aborrecimiento, que desear *meter los dedos en los ojos* del adversario, o consentir en *sacarse uno un ojo si el otro pierde los dos* o *sacarse los ojos*, ambos queriendo indicar la exagerada cólera de dos que riñen. *Sacarle los ojos a uno* representa un incruento eufemismo, referido a ser víctima de una extorsión o de un expolio.

También le pueden sacar a uno los ojos en este último sentido, si se actúa de manera irreflexiva, *a ojo*, *a ojos cerrados* o, como vulgarmente se dice, *a ojo de buen Cubero*. Retomemos a nuestro joven despechado, que, en su deambular por la ciudad tras el varapalo sufrido, entra en un mercado y se para ante un puesto para interesarse por determinado artículo que ofrecen rebajado; se dice a sí mismo, *abre el ojo, que asan carne*, pretendiendo aprovechar la ocasión. El vendedor *se lo pone delante de los ojos*, intentando convencerle y se lo ofrece con insistencia; en definitiva, *se lo mete por los ojos*; a él, en principio, el objeto ofrecido *le llena el ojo*, o sea, le satisface y cree que puede interesarle porque se precia de *tener buen ojo* y sabe discernir lo interesante de lo superfluo. Al final, adquiere el referido objeto, a pesar de *costarle un ojo de la cara* y, conforme va alejándose, va cayendo en la evidencia de que se ha equivocado, de que *le ha mentado el ojo* a pesar de haber tenido desde el principio, cierto grado de desconfianza para con el comerciante, hombre de mirada baja, que le recordaba la sentencia popular que recomienda: *De quién pone los ojos en el suelo, no fíes tu dinero*. Con *los ojos en blanco* y doblemente chasqueado en su día aciago, sigue su camino renegando de su fracaso amoroso y de su ruinosa compra, recordando un proverbio checo: *Cuando compras, usa tus ojos, no tus orejas*, aunque aún quiere aliviarse, mascullando: *El corazón manda en los ojos y les hace trampantojos*. En definitiva, las experiencias recientes le han hecho *quedarse con los ojos claros y sin vista*, o sea, *a la luna de Valencia*.

Y es que *hay que tener cien ojos*, en el sentido de alerta, pero hay quien los posee como curiosidad extrema, ya que *a quién tanto ve, con un ojo le basta*, no necesitando siquiera *tener cuatro ojos* -tener gafas- y, aunque es lógico desear verlo todo, *ojos que no ven, no envejecen*, no es elegante *ir con los ojos como un revendedor de yesca*, escudriñando por doquier, como condena el oportuno refrán: *Ni los ojos a las cartas ni las manos a las arcas*.

Al llegar a esta altura de mi redacción, *paso los ojos por lo escrito* y compruebo que me quedan tres acepciones que no quisiera dejar atrás, a trueque de *quebrarme los ojos* en el ordenador; y ahora mismo reparo, que al escribir esta última frase, con la que se quiere expresar cansancio por la lectura y el estudio, existe otro término parecido,

vidriarse los ojos, que, en un sentido más serio y más grave, indica enfermedad o muerte cercana; me reitero en el primer sentido expuesto y hago voto de *quebrar el ojo al diablo* para salvaguarda de cualquier tipo de desgracia.

Pues bien, refiriéndome a las tres acepciones aplazadas, la primera de ellas, *dar un ojo de jabón*, pudiera parecer, en principio, que no debiera ser citada, ya que su significado, lavar la ropa, no es precisamente antropológico, pero sí que lo es el sentido que se desprende de un poema de Baltasar de Alcázar que dice así: "*Ojos daba Margarita/ a su ropa con enojos/ de verla sucia y maldita:/ que ya con ojos se quita/ el mal que hicieron los ojos*" y, más adelante, apostilla: "*ojo de jabón/ manantiales corrientes/ son sus dos ojos,/ ojo de puente es uno,/ de jabón, otro*".

La expresión velo de los ojos, puede ser tomada en sentido estricto, como se dice en el Génesis: "*Mira que he dado a tu hermano mil monedas de plata, para que en cualquier lugar que vayas, tengas siempre un velo sobre los ojos en señal de casada, delante de todos aquellos con quienes te hallares*"²⁵ o figurado, como se implora en los Salmos: "*Quita el velo a mis ojos y contemplaré las maravillas de tu Ley*"²⁶.

Darse uno de ojos y *caída de ojos* ya fueron tratados en el relato del amor truncado, con el sentido respectivo de encuentro y coquetería, aunque el primero de ellos también significa caer al suelo y el segundo también implica lo mismo en un sentido lato, como podemos comprobar, nada menos que en la Iliada en dos referencias a las heridas de los ojos: La primera, aparece en el canto XXI: Menelao hunde su espada en la frente de Pisandro, encima de la nariz: "*Crujieron los huesos y los ojos, ensangrentados, cayeron en el polvo a los pies del guerrero, que se encorvó y vino a tierra*". La segunda, figura en la rapsodia XVI cuando Patroclo lanza una piedra a Cebriones: "*Dio la aguda piedra en la frente de Cebriones. La piedra se llevó ambas cejas; el hueso tampoco resistió; los ojos cayeron al polvo a los pies de Cebriones y éste, cual si fuera un buzo, cayó del asiento*". En esta última frase habría que matizar que el término "buzo" no parece referirse al hombre que, convenientemente preparado, trabaja en el fondo marino, sino a cierto tipo de embarcación antigua y en las dos citas, intentar explicarnos cómo pueden salirse los ojos de las órbitas y hemos de llegar a la conclusión que, en ambas descripciones, probablemente, se apela a una expresión metafórica, refiriéndose a la ruptura violenta de las túnicas de los ojos y la salida de los humores intraoculares. De todas formas, pienso que estos pasajes heroicos son un refrendo de lo que hemos venido tratando en el presente capítulo.

²⁵ Ge XX, 16

²⁶ Sal CXVIII, 18